

Descripción de los tiempos mesiánicos en la literatura profética como una vuelta al Paraíso

Que Cristo nos devolvió lo que Adán perdiera es una afirmación implícita en la teología de San Pablo, que maneja con tanta predilección el principio de la oposición entre Adán y Cristo¹ y que denomina la obra de Cristo como Redención (*ἀπολότρωσις*), en cuyo concepto va implicada la restitución a un estado primitivo².

Esto mismo, pero a través de metáforas y símbolos, lo anunciaron ya los profetas de la Antigua Ley al entrever a veces³ los tiempos del Mesías como una vuelta al estado originario y describir a Palestina, transformada en el futuro maravilloso, con rasgos tomados del Edén perdido. Vamos a reunir y recorrer en estas páginas los pasajes principales, según los aspectos que aparecen en los orígenes de la humanidad, tal como se describen en los primeros capítulos del Génesis, ofreciendo así un capítulo de la Teología soteriológica de los profetas.

* * *

¹ 1 Cor 15, 21-22; 35-39; Rom 5, 12-21, etc. Cf. A. VERRI: *Biblica*, 1926, *Christus-Adam*.

² PRAT, *Théologie de S. Paul*, I, 507.

³ Otras veces describen los tiempos mesiánicos como la vuelta de otros tiempos gloriosos de la historia de Israel, preferentemente los tiempos del Exodo y los tiempos davidicos. Cf. A. FEULLER, *Le Messianisme du Livre d'Isaïe Ses rapports avec l'Histoire et les Traditions d'Israël* (Recherches de Science Religieuse, 1949, p. 182). P. HEINISCH, *Theologie des Alten Testaments*, p. 296.

Un primer aspecto que aparece en el estado primitivo es la paz o convivencia pacífica del hombre con los animales y de los animales entre sí antes de que el pecado, entrando en el mundo, deshiciera la maravillosa armonía de los seres. Expondremos primero el hecho, después las interpretaciones posibles, para aducir últimamente tres pasajes de la literatura profética coincidentes en este aspecto en la descripción de los tiempos mesiánicos.

En el primer capítulo del Génesis Dios va diciendo al final de cada día que todo es bueno: la luz, los mares, las plantas, los astros, los animales. No hay nada que desentone. Y si cada una de las cosas era buena, el conjunto lo era en un grado eminente. Examinó Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que estaba muy bien. Como si el autor que refiere esta aprobación divina quisiera responder a todas las dificultades y a todos los enigmas que pueden surgir en la consideración del Universo sin encontrar a primera vista solución aceptable. Si alguna cosa hay en la obra divina que ahora desentone, sugiere el autor sagrado, fuera de Dios encontrará la explicación, pues en un principio todo brotó perfecto de las manos creadoras.

En los versículos 29 y 30 determina Dios lo que ha de ser la nutrición del hombre y de los animales. La carne como alimento queda excluida. Al hombre le asigna las plantas que llevan semilla, y el fruto de los árboles. A todos los animales, sin distinción, les asigna la hierba verde. El uso de la carne como alimento, por lo que respecta al hombre, no será autorizado explícitamente hasta mucho tiempo después, cuando Noé, salido del arca, recibe de Dios una bendición y un mandato semejante al que recibió Adán inmediatamente después de creado, y una asignación más amplia del alimento, sin excluir la carne: "Bendijo Dios a Noé y sus hijos, y díjoles: Procread y multiplicaos y llenad la tierra... Todo lo que se mueve dotado de vida os servirá de alimento; como hierba verde, os lo he dado todo"⁴. Es una modificación del plan primitivo, que ha entrado en escena después del pecado. El cambio de la nutrición de los animales no se menciona expresamente, pero puede quedar sobrentendido al efectuarse también respecto del hombre un cambio en la asignación primera.

Este contraste entre los dos pasajes del Génesis ha suscitado una cuestión célebre: ¿El hombre y los animales en un principio fueron vegetarianos? Eso parece sonar la letra y eso

⁴ Gen 9, 1. 3.

parece confirmar la relación yahvista del Paraíso al decirle Dios al hombre que puede comer, excluido uno, de todos los árboles⁵ y no asignarle otra clase de alimento. ¿Estas afirmaciones se deben tomar puramente a la letra, o bajo una forma popular envuelven una profunda teología?

Desde luego, la posibilidad de tal modo de vida por lo que respecta al hombre no parece que se pueda poner en duda. Los vegetarianos son la prueba de que se puede prescindir de la carne. Pero difícil es imaginar un estado primitivo para todos los animales, incluidos los carnívoros actuales. Una multitud de especies vive a costa de las otras, y aun la misma conformación de los órganos y cuerpos lo demuestra, y los descubrimientos paleontológicos atestiguan la misma organización, existente ya antes de la aparición del hombre. La letra, pues, tal como suena, no parece estar en conformidad con la realidad. ¿Cómo salvar entonces la inerrancia de la Escritura?

Varias soluciones son posibles. Todavía en un libro bien reciente, que presenta una hipótesis de evolución regresiva, se da como posible científicamente una interpretación absolutamente literal de las afirmaciones del Génesis en este punto. Una especie de Edad de Oro en un principio deshecha por el pecado, que afectó de manera tan profunda y exterior a toda la creación⁶. Esta hipótesis, todo lo bella que se quiera, no creo que satisfaga a muchos.

Entre las demás explicaciones merece citarse la de P. Heinisch en su comentario del Génesis⁷. He aquí el resumen. Los pasajes del Génesis 1, 29 y 9, 1 s. proceden del mismo documento originario. En cambio, los otros pasajes (Gen 3, 21), pieles para el vestido (4, 4), sacrificio de Abel (7, 2), distinción entre animales puros e impuros, en que se supone que se mataba a los animales, utilizando como es de creer su carne para alimento, proceden del documento llamado yahvista. Había, pues, dos tradiciones contrarias en Israel referentes al uso de la carne como alimento. Una, que no empezó ese uso hasta después del Diluvio, y otra, que había empezado mucho antes, al ser expulsados Adán y Eva del Paraíso. Heinisch añade: "No tenemos derecho a armonizar estos textos violentamente". El supone que los textos del yahvista son de Moisés, y los otros (caps. 1 y 9), pertenecientes al llamado código sacer-

⁵ 2, 16.

⁶ G. SALET et L. LAFFONT, *L'Evolution regressive*, Paris (1943). Una exposición y una crítica de esta obra la hizo el P. Valeriano Andérez en "Pensamiento" (1947), p. 329-352.

⁷ *Das Buch Genesis*, p. 102.

total, entran como una citación explícita, que no es aprobada en todos sus detalles, sino en lo sustancial. El alimento asignado al hombre antes del pecado y no modificado hasta después del Diluvio, y el alimento asignado a los animales todos, en contradicción con el testimonio de las ciencias, no pertenece a lo sustancial.

Otra explicación posible sería que todo el capítulo primero está aprobado plenamente por el autor, que lo hizo suyo no solamente en lo sustancial, sino también en el detalle en cuestión, si no es que brotó enteramente de su pluma bajo el influjo de la inspiración. Pero lo hizo suyo no en el sentido que exteriormente suena la letra y parece ser falso, sino en un sentido más profundo, por el que las palabras en que se envuelve pasan a la categoría de símbolo para expresar la suprema armonía que reinaba en la obra de Dios antes del pecado. Propongamos dos hipótesis. El trozo procede directamente del autor inspirado. Quiso expresar esa idea trascendental y teológica de una manera popular y asequible a la mentalidad de sus lectores. La fórmula empleada de la concordia de los animales entre sí y con el hombre era verdaderamente la más a propósito para dejar impresionada la imaginación y abrir paso a la idea de una maravillosa armonía en la obra divina. Lo trológico es aproximativo y queda siempre lejos de la realidad, pero el lenguaje humano no cuenta con otros medios para expresar lo suprasensible. La segunda hipótesis. No procede inmediatamente del autor inspirado, sino fué una tradición que encontró ya elaborada. Esa tradición pudo tener como origen una revelación primitiva, que tomó andando el tiempo esa expresión popular, o pudo ser muy bien un filosofúmenon, un conato de filosofía del mundo. El autor, apoyado en la razón y la fe, pudo imaginar un mundo ideal conforme con la bondad de Dios, para atribuir después todos los enigmas que pueblan el mundo actual a una transgresión del hombre, que turbó el plan primitivo. En concreto, el alimento de carne cuesta a un animal la vida. Esto tenía que tener algo de repugnante para una incipiente mentalidad filosófica. Se resistiría, sin duda, a atribuírsele al plan mismo del Creador, y así hubo de eliminarlo de la obra primera tal como brotó de las manos de Dios, para hacer responsable después al hombre pecador de todos los trastornos que sobrevinieron. El autor inspirado lo introdujo en su obra conservando su forma de expresión, que si no era verdadera a la letra, lo era de una manera más radical y profunda. La inerrancia en cualquiera de las hipótesis queda a salvo.

Tenemos, pues, la profunda teología que se contiene bajo

la convivencia pacífica de los animales entre sí y con el hombre. No guerra y matanza, sino paz quería el Creador entre sus criaturas. Es decir, esa armonía en toda la creación cuando cada cosa cumple el fin que le asignara el Creador, cuando ninguna criatura es violentada y sometida a esclavitud en el decir de San Pablo, para servir a otro fin que al fin divino. El rompimiento de esta paz divina entraría en el mundo por el pecado.

Este estado maravilloso es el mismo que se narra con otros colores en el relato del Paraíso. Sobre un segundo aspecto volveremos después. El aspecto que nos ocupa de la convivencia pacífica del hombre con los animales, si no expresamente, la tenemos por lo menos insinuada en la asignación del manjar del hombre, que citamos antes, y en la escena de los animales desfilando pacíficamente delante de Adán, que les pone nombre, acto simbólico de ejercicio de dominio. Estado paradisíaco, pues, narrado tanto en el capítulo primero como en el segundo, una de cuyas notas es la concordia del hombre y los animales, concordia que destrozará bien pronto el pecado, que hace entrada en el Paraíso y hará salir a los primeros hombres, cubriendo su desnudez con las pieles de los primeros animales muertos (3, 21).

Esta descripción del mundo primitivo viviendo en una paz paradisíaca no es sólo una referencia del autor bíblico. Existen muchos paralelos en las literaturas extrabíblicas describiendo la famosa Edad de Oro. Descartada la fantaseada interpretación del texto sumérico encontrado en Nippur, en que se describía, según Langdon, la región de Dillmun como un paraíso, donde no había enfermedad y vejez y la paz reinaba entre los animales⁸, queda el testimonio de Virgilio en las *Geórgicas*⁹, de Ovidio¹⁰, en las *Metamorfosis* y en los *Fastos*, y el de Platón en el libro de *República*. Otras citas de paralelos de literaturas extrabíblicas pueden verse en Dillman en su comentario al verso 30 del capítulo primero del Génesis¹¹.

Una paz ideal en los orígenes en todos los seres que salieron de la mano de Dios. Después entró el pecado en el mundo, y desde el Paraíso, pasando por el fratricidio de Caín y la desorbitada venganza de Lamech y los connubios desenfundados de los hijos de Dios con las hijas de los hombres, fué

⁸ LANGDON, *Sumerian epic of paradises, the flood and the fall of man* (1915). Cf. WITZEL, *Keilschrift. Studien*, t. 1, p. 54 s. y DHORME: RB, 1924, p. 309.

⁹ *Georg.* 1, 4, v. 130.

¹⁰ *Met.* 1, 15, v. 96 s. y *Fast.* 4, 395 s.

¹¹ *Die Genesis* (1892), p. 36.

creciendo como una inmensa marea para llenar toda la tierra. Dios, arrepentido de su obra, según la antropomorfística expresión del yahvista, tiene que decir que toda carne ha corrompido su camino, y que mira a la tierra y he aquí que está toda corrompida. Sólo entonces formula una ley que deja establecida la hostilidad entre los seres: "El temor y miedo a vosotros sean sobre todas las fieras del campo y todas las aves del cielo"¹². Aquel pacífico desfile de los animales y de las aves delante de Adán en el Paraíso pasó a la historia. Ahora sólo queda el recelo y la hostilidad mutua. De las manos de Dios todo cuanto brotó era eminentemente bueno. Dios iba viendo que todo era bueno. Pero cuando miró otra vez a la tierra y no vió que todo era bueno, sino que toda carne había corrompido su camino, entonces una disarmonía profunda radicó en el mundo, fruto del pecado del hombre. El pecado afectando profundamente a la creación, la obra de Dios, he aquí la teología que se encubre en tan vulgares apariencias como el vegetarianismo del hombre y los animales. En este sentido se explica el grito de abominación con que se concluye el salmo lírico de la creación, en que el salmista, como en una contemplación para alcanzar amor, siguiendo el esquema del primer capítulo del Génesis, se va extasiando ante la armonía de toda la obra de Dios, para terminar con la indignación del último verso, porque existen pecadores sobre la tierra que destruyen el concierto de los mundos. Sean arrancados los pecadores de la tierra y no existan ya más impíos¹³. El pecado, lo único que no procede de Dios, es lo que trastorna el Cosmos.

Si los tiempos mesiánicos devuelven esta paz primitiva, es decir al mismo tiempo implícitamente que el pecado perturbador ha quedado destruído.

* * *

Pasamos ya a considerar este aspecto en algunas de las descripciones de los tiempos mesiánicos, una vez analizado el aspecto en los tiempos primitivos. Desde luego, hay que advertir que los animales salvajes eran siempre una preocupación en Palestina, pueblo en gran parte de pastores, por el peligro continuo para los rebaños y también para el hombre. De ahí que los animales dañinos sean en manos de Dios un instrumento de castigo para los pecados del pueblo. Y el mismo Dios los enumera por medio de Ezequiel entre sus cuatro

¹² Gen 9, 2.

¹³ Ps 103, 35.

grandes azotes que suele emplear contra el pecado, juntamente con el hambre, la espada y la peste¹⁴.

Y al contrario, la fidelidad a la ley divina lleva consigo el que Dios extirpe del país las fieras dañinas para que haya paz en él sin turbación ninguna¹⁵.

Prueba de que las fieras salvajes eran un peligro ordinario en el antiguo Oriente la tenemos también en el hecho que no olvida este detalle el cantor de la magnífica yuella de los desterrados a Palestina, viniendo de Babilonia. Atravesarán el desierto en una marcha verdaderamente triunfal, pero no el desierto erizado de peligros por las fieras salvajes que acechan en él. No habrá allí león (en el camino), ni bestia feroz subirá a él, ni se encontrará allí; sólo los redimidos caminarán¹⁶.

Siendo, pues, los animales salvajes un elemento perturbador, era evidente que tenían que estar ausentes en los tiempos mesiánicos, donde por una parte había de reinar una paz imperturbable y por otra parte desaparecería el pecado, que según los pasajes vistos es el que desencadena como castigo este azote de Dios. El aspecto de la ausencia aparece en la profecía de Ezequiel sobre las ovejas de Israel bajo el cayado del buen pastor, anticipo de la parábola de Jesucristo. En el segundo versículo ya entrelazada la alegoría con la realidad. Exterminaré de la tierra las bestias feroces, y hablarán con toda seguridad en el desierto, y dormirán en los bosques... Ya no serán más una presa para las naciones, ni las fieras de la tierra los devorarán, pues habitarán en seguridad, sin que haya quien los espante¹⁷.

Pero lo que nos importa considerar para nuestro tema son aquellos pasajes, no en los que se destaca el aspecto de la ausencia, sino en los que se habla de una transformación de los mismos animales, que les hará vivir pacíficamente con el hombre y entre sí, igual que en el Paraíso.

Tres son los pasajes mesiánicos que describen ese aspecto, dos pertenecientes a la profecía de Isaías y uno a la profecía de Oseas.

El más célebre de todos se encuentra en Isaías 11, 6-8. Se trata de los felices tiempos en que reinará el retoño de David, en que reinará ese rey singular, que estará gobernado y movido en todo por el espíritu mismo de Yahvé, que morará en él con la plenitud de sus dones, dispensándole la sabiduría e

¹⁴ Ez 14, 21.

¹⁵ Lev 26, 6.

¹⁶ Is 35, 9.

¹⁷ Ez 34, 25.

ineligencia, fortaleza y consejo, ciencia y temor de Dios, que le constituirán en el soberano ideal de Israel. El pecado desaparecerá de la tierra y la justicia se implantará en ella. Entonces, la paz, que es fruto de la justicia, será tan grande, que se extenderá al mundo animal. Los animales salvajes y los domésticos vivirán juntos pacíficamente. Entonces pastará el lobo con el cordero y estará tumbado el leopardo con el cabrito, y el ternero y el leoncillo pacerán juntos. Y de tal manera estarán domesticados, que un niño podrá conducirlos. Vaca y oso pastarán también juntos, y sus cachorros estarán tumbados pacíficamente, y el león, como una res vacuna, comerá paja. Convivencia pacífica de los animales entre sí, y cuyos instintos feroces de otros tiempos no tendrá el hombre que temer. Entonces el niño de pecho jugará junto al agujero del áspid, y hacia la caverna del basilisco extenderá su mano el destelado. Aun la más desvalida criatura, un niño, está seguro de las bestias salvajes. Pues no obrarán mal ni causarán daño en toda mi montaña santa. Y da Dios a continuación el motivo de esta paz desbordante, que abarca al mundo de los hombres y al mundo de los animales. Porque el conocimiento de Yahvé, en el sentido semítico que puede identificarse con los deberes religiosos cumplidos, llena toda la tierra, como las aguas cubren el mar (cf. Hab 2, 14).

Dos cuestiones se ofrecen ante la lectura de este trozo: su significado y su relación con el estado primitivo. El significado evidentemente que no es real. Tiene un carácter simbólico, que tiende a significar bajo la imagen de este estado paradisíaco la potencia renovadora inherente a la obra del Mesías y que está en la misma línea de renovación cósmica, cieles nuevos y tierra nueva, de que nos hablan otros pasajes. Es la nueva creación de la gracia que nos trae Cristo y de que nos habla San Pablo. Y su grandeza es tal, que toda la magnificencia de símbolos y de imágenes se quedará siempre muy lejos de la realidad. Pertenece a un mundo divino y trascendente, y los mensajeros de Dios sólo de una manera aproximativa y acumulando maravillas en lo creado, que es lo único que conocemos, pueden hacernos barruntar entre penumbras la sublime e incomprensible grandeza de la obra de Cristo en nosotros.

¿Hay una alusión al estado primitivo descrito en los primeros capítulos del Génesis, o es tan sólo una mera coincidencia de ideas y de procedimientos literarios? ¿Hay dependencia o son independientes entre sí? Los comentaristas se dividen en los pareceres. Mientras Duhm, en su comentario, cree ver un eco del v. 30 del capítulo primero del Génesis y de las des-

cripciones de la Edad de Oro¹⁸, König, en cambio, le contradice, basándose especialmente en que no se encuentra en Isaías ninguna palabra que insinúe el matiz "de nuevo" y que haga por lo tanto pensar en la vuelta a un estado primitivo¹⁹. En un sentido parecido se expresa Fischer²⁰, diciendo que no está claro el que Isaías quiera hacer una alusión en nuestro lugar al pasaje del Gen 1 y 2. Pero si no hay un argumento para afirmar la dependencia del pasaje del Paraíso, tampoco lo hay para excluirla, y de hecho la coincidencia de ideas es innegable. Lo que sí es cierto es que los autores de ambos pasajes, queriendo expresar la ausencia de toda desarmonía en la obra primera de Dios y la obra segunda de restauración del Mesías, recurrieron a los mismos procedimientos de expresión, y en cualquiera de los dos casos de dependencia o no dependencia la descripción de los tiempos mesiánicos es una vuelta "material o formal" al estado del Paraíso. El otro pasaje de Isaías se encuentra en el capítulo 65. Apenas ofrece novedad sobre el pasaje del capítulo 11, que copia, resumiéndole. Lobo y cordero a una pastarán y el león comerá paja con la res vacuna, mas la serpiente polvo tendrá por alimento. Quiere decir este nuevo detalle, que no se encontraba en el capítulo 11, que la serpiente será en aquellos tiempos venturosos un animal pacífico, que se contentará con comer polvo y que ya no picará más al hombre. El que la serpiente coma polvo se sobrentiende que es una opinión popular fundada en las apariencias. El trozo concluye refiriéndose todavía a los animales: "No obrarán con maldad ni causarán daño en toda mi santa montaña", dice Yahvé²¹.

Por fin, en Oseas, todo este cambio en la creación que se efectuará en los tiempos mesiánicos se atribuye a un pacto que hará Dios a favor de su pueblo en aquellos días con las bestias del campo, las aves del cielo y los reptiles de la tierra, y quebrada la espada, arco y lanza, hará que repose tranquilo²². Este pacto nos trae a la memoria el que Dios tiene hecho con el día y con la noche (Ier 33, 20), no de otra manera que por la creación. Es, pues, alusión este pacto por el que quedan transformadas las maneras de ser de los animales a una especie de nueva creación, que tendrá lugar en los tiempos del Mesías. Y como esta manera de ser de los animales simbóli-

¹⁸ B. DUHM, *Das Buch Jesaia* (1914), p. 83.

¹⁹ E. KOENIG, *Das Buch Jesaia* (1926), p. 162 s.

²⁰ J. FISCHER " " " (1937), p. 104.

²¹ Is 65, 24.

²² Os 2, 2. 18.

camente ya se daba en un principio, esta nueva creación será una vuelta a los orígenes.

II

Un segundo aspecto del estado primitivo aparece en la pintura de la región adonde es trasladado el hombre. Plantó Dios un "gan" en la región de Edén. La misma palabra habla de fertilidad²³, y la descripción lo confirma. Lugar amenísimo poblado de muchos árboles, lugar fertilísimo regado por un río de aguas tan abundantes, que él solo alimentaba a cuatro grandes ríos. Lo que significaría para un oriental y para un hebreo, en concreto, de Palestina se puede deducir teniendo en cuenta la obsesión que para ellos constituía siempre el agua en una tierra mal regada, que tenía que depender por lo tanto de las lluvias, y en un clima tórrido. Por poco que se lea de la Escritura se advertirá que la falta de lluvia es el espectro del hambre paseándose por la región estéril²⁴. Por eso la lluvia es el gran don de Dios y por eso el agua ha pasado, aun en la terminología de Jesucristo, a significar los grandes dones sobrenaturales de la gracia y del Espíritu Santo. El verso de Píndaro, "que el agua es el primero de los bienes" (0, 1. 1), un hebreo estaba capacitado como ninguno para comprenderlo. El agua para él era fertilidad, era abundancia, era hartura, era regocijo. Ahora bien, un jardín con cuatro ríos y con abundancia de árboles frutales, fertilidad por una parte y por otra el frescor y amenidad de la sombra para las horas tórridas del Oriente y el paseo a la brisa vespertina (Gen 3, 8) tenía que ser un lugar de ensueño y de delicias, más allá del cual no sabría su fantasía remontarse.

A este sitio de delicias es trasladado el hombre. Es creado fuera de él. Es formado de una tierra, que es la misma a la que volverá después del pecado. Es formado, según la narración popular, en la tierra árida, en la tierra que conoce preferentemente la sequía, en la tierra vulgar y como emparentada con él y la que le corresponde naturalmente para su vida; pero Dios le traslada de la tierra vulgar a un jardín de maravillas. Es Dios, que le eleva de plano. Un jardín que tendrá que cultivar. Pero el trabajo no será duro, sino un trabajo que servirá más bien para la expansión de las facultades.

²³ Cf. 3 Reg 21, 2; 4 Reg 21, 18; Nah 3, 15, Cant 4, 15; Eeel 2, 5; Ier 31, 11; 39, 4, etc.

²⁴ Deut 11, 14; 3 Reg 18, 1-2. 5.

Se deduce de que ya los árboles le ofrecen su alimento. Podéis comer de todos los árboles del Paraíso menos de uno. Se deduce sobre todo de que el castigo del pecado, la expulsión del Paraíso y la vuelta a la tierra ordinaria consistirá precisamente en el trabajo, que hará sudar la frente; en el esfuerzo tenaz y fatigante por arrancar a la tierra avara el alimento cotidiano. Y en ese Paraíso no hay cosa que perturbe la alegría. No el hambre, pues es el sitio de la abundancia. No la muerte, pues está al alcance el árbol de la vida. No las fieras salvajes, que desfilan mansas delante de Adán. No las pasiones perturbadoras, que están encadenadas a la razón. (Estaban desnudos y no se avergonzaban.) Toda la descripción más abundante y más concreta al estilo popular propio del yahvista equivale a aquella frase que nos queda todavía en la memoria como un eco de la lectura del capítulo primero: "Y miró Dios todo cuanto había hecho, y he aquí que todo era eminentemente bueno". La suprema armonía en la obra divina sin que haya una nota que desentone. Era necesario que entrara el pecado a deshacer y destruir el encanto del Paraíso. El pecado entró. Adán y Eva fueron expulsados de él. Su acceso quedó cerrado con la espada flameante del querubín. A la tierra amena y fértil, regada por los ríos y sombreada por los árboles, sigue la tierra árida y hórrida, que brota cardos y espinas y vende caros sus frutos. Al trabajo alegre y fecundo sucede la dura brega contra la tierra hostil; al equilibrio interno, el desenfreno de la pasión, que se adueña de toda carne; a la felicidad, el dolor; a la inmortalidad, la muerte y la corrupción; a la confiada familiaridad con Dios, que se pasea por el Paraíso, el temor y sobresalto ante la aparición divina. He aquí la obra destructora del pecado.

* * *

Los tiempos nuevos se pintarán muchas veces evocando más o menos expresamente el Paraíso perdido. En primer lugar, la comparación del Paraíso (gan) o huerto de abundantes aguas, si no para aludir expresamente al concreto Paraíso plantado por Yahvé, no es infrecuente para designar lo mesiánico. Así, en la profecía de Balam, en las bendiciones pronunciadas por Balam, llamado para maldecir al pueblo de Israel, pero incapaz de maldecir a quien Dios ha bendecido, tenemos aquella magnífica cuando se extasia contemplando desde la colina de Peor, con los ojos abiertos de la profecía, las tiendas de Jacob, evidentemente nimbadas de mesianismo. El desierto donde se desparraman se transforma en un paraíso.

“¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob; qué bellos tus tabernáculos, oh Israel! Se extienden como un extenso valle, como un jardín a lo largo de un río, como álce plantado por Yahvé, como cedro que está junto a las aguas.” Desbórdanse de sus cubos las aguas; su simiente goza de aguas abundantes²⁵. En alas del vidente, nos creemos trasladados por un momento al antiguo Paraíso para ver correr entre árboles magníficos al río caudaloso que lo riega.

La Esposa del Cantar de los Cantares, la Iglesia del Mesías, también es comparada a jardines de magnificencia: Huerto cerrado..., fuente sellada. Tus canales riegan un jardín de granados, con toda suerte de frutos exquisitos. La fuente de mi huerto es un manantial de aguas vivas que fluyen del Líbano. Levántate, Aquilón, y ven, oh Austro, airea mi huerto, espárganse sus aromas. Venga mi amado a su vergel y goce sus frutos exquisitos²⁶.

Si la alusión no es expresa al huerto plantado por Yahvé, queda por lo menos que la magnificencia del estado del Paraíso y la magnificencia de los tiempos mesiánicos es expresada bajo la misma imagen.

Alusiones expresas las tenemos en las profecías de Isaías y de Ezequiel. Así, en el libro de las consolaciones, dirigido a los desterrados de Babilonia, cuando Jerusalén es un montón de ruinas y un monumento que pregona el paso de la guerra destructora, de la guerra que terminó con el pueblo judío, el profeta, para dar confianza a los desterrados, quiere que reflexionen sobre su origen. De sólo Abraham y Sara, durante mucho tiempo estéril, designados metafóricamente con los términos de roca y pozo, Yahvé ha hecho descender a Israel, lo que garantiza que él lo hará renacer bien fácilmente. Yahvé tiene piedad de sus ruinas y cambiará su desierto en *paraíso*, su estepa en *jardín de Yahvé*, y habrá allí gozo y alegría, himnos y cantos. Se acerca la liberación de Babilonia, que el profeta hace coincidir con los tiempos mesiánicos de grandeza. Palestina será un nuevo Paraíso, como el otro plantado por Yahvé, y como el otro, mansión de felicidad y de alegría. Todo ello será efecto de la omnipotencia divina, que tendrá una magnífica intervención misteriosa sobre los enemigos de su pueblo. La sublime invocación al brazo omnipotente de Dios, que va a devolver a su pueblo liberado a la tierra santa convertida en un nuevo Paraíso, hace pensar no sin fundamento en la victoria aplastante sobre la serpiente y su obra, profe-

²⁵ Num 24, 5.

²⁶ Cant 4, 12.

tizada en el momento de la expulsión del Paraíso. Despierta, despierta, vístete de fortaleza, ¡oh brazo de Yahvé!; despierta, como en los días pasados de las antiquísimas generaciones. ¿No eres tú el que destrozó a Rahab, traspasó el dragón? ¿No eres quien secó el mar, las aguas del gran océano; convirtió en camino los abismos del mar para que atravesaran los redimidos? Regresarán así los liberados de Yahvé y vendrán a Sión con gritos de júbilo, coronada su testa de eterna alegría; regocijo y alborozo alcanzarán y huirán penas y suspiros²⁷. La alusión es manifiesta al Exodo de Egipto. Pero sabido es cómo la lucha aquella del Paraíso profetizada contra la serpiente corre después en la Sagrada Escritura, transformada ya en las luchas del pueblo escogido contra sus enemigos, que son, en virtud de la alianza, también enemigos de Yahvé. Y toda liberación divina de su pueblo no es más que un tipo de la redención, que será la destrucción de Satanás y su obra²⁸. Tenemos, por lo tanto, en este pasaje de Isaías indicado el aspecto negativo y positivo de la redención o de la obra de Cristo, liberación de la esclavitud e introducción en la Iglesia o cuerpo místico como en un paraíso.

En el capítulo 35 resuenan los mismos acentos, pintando con parecidas imágenes la gloria futura de Israel: Desierto y yermo alégrense, exulte de júbilo la estepa y florezca como el cólquido. Brote lujurante y exulte; exulte, sí, y dé gritos de júbilo, pues la gloria del Líbano le ha sido dada y la magnificencia del Carmelo y del Sarón (la región más fértil de Palestina)... aguas han brotado en el desierto y torrentes en la estepa; entonces, la tierra abrasada se convertirá en estanque, y el país árido, en hontanar de aguas; en lo que era la morada de chacales, su cubil, habrá verdor de cañas y juncos.

De esta transformación de la Naturaleza en el tiempo de la salud para tomar el aspecto de aquel estado primero en que todo era bueno, según el capítulo primero del Génesis, y según el segundo lugar, el lugar donde fué puesto Adán era un Paraíso, se habla frecuentemente.

Dentro de poco tiempo el Líbano se trocará en vergel, y el vergel por bosque será tenido²⁹. Es decir, el Líbano, bosque salvaje, se convertirá en un vergel bien cultivado de árboles frutales, y lo que hasta ahora se tenía por vergel, en comparación de los nuevos vergeles, será como si fuera un bosque. En otro pasaje parecido³⁰ se dice quién será la causa de esta

27 Is 51, 1 s.

28 Cf. RIGAUX, *L'Antichrist*.

29 Is 29, 17.

30 Is 32, 15.

transformación en la Naturaleza, al mismo tiempo que se afirma una transformación moral. Se pinta una gran corrupción en las costumbres y un total abandono de la ciudad. La ciudadela está abandonada, el tumulto de la ciudad ha cesado, el Ofel y la torre se ha convertido en cavernas para siempre, delicias del onagro, pasto de los rebaños; hasta que sea derramado sobre nosotros espíritu de lo alto; luego la estepa se trocará en huerto y el huerto será considerado como bosque. Se habla del espíritu creador (cf. 44, 3), que transformará la región y transformará las costumbres. Y en el desierto residirá el derecho y la justicia en el huerto morará. Después, como en otros pasajes de Isaías, de la justicia provendrá la paz, y el fruto de la justicia, la tranquilidad y la seguridad para siempre. Y así, mi pueblo morará en mansiones de paz, en moradas seguras y apacibles lugares de reposo. Donde antes de las ruinas subían gemidos y sollozos, subirán ahora júbilos y cantos de alabanza a Yahvé (35, 10; 51, 11)³¹.

Ezequiel profetiza en el destierro. La segunda parte de su profecía se refiere ya al tiempo en que estaba destruida Jerusalén y el templo. Todo el afán del profeta desde esa fecha es levantar el ánimo de los desterrados con las perspectivas mesiánicas de restauración. En el capítulo 36 profetiza las bendiciones que vendrán sobre las montañas de la tierra santa. Mientras las montañas de Edón, de los enemigos del pueblo escogido, serán arrasadas, las de Israel se vestirán de nuevo de verdor y de árboles frutales. Y Canaán, en la restauración, será todavía más fértil que antiguamente, cuando era una tierra de ensueño, que manaba leche y miel. Los israelitas volverán y entrarán purificados especialmente por la infusión del espíritu. Recibirán un espíritu y un corazón nuevo y observarán fielmente en adelante los mandatos de Yahvé. Y habitarán en ciudades florecientes en un país paradisíaco. Y se dirá de la tierra que habían visto desolada cuantos pasaban por ella: Esta tierra, que estaba devastada, ha pasado a ser *como un jardín del Edén*³². Una ablución de agua y del espíritu para purificar de antiguas culpas, un espíritu nuevo

³¹ Sería tentadora la lección de los LXX y la traducción del Targum en Is 65, 22: "Como los días del árbol de la vida, serán los días de mi pueblo (en los tiempos futuros). Aunque no fallen autores entre los antiguos que sigan esta lección y vean aquí la eternidad de vida de los escogidos y una alusión al árbol del paraíso, es una glosa manifiesta. Sin embargo, todo el pasaje, al hablar de una gran longevidad en los tiempos futuros, insinúa de alguna manera la vuelta al estado primitivo de inmortalidad. Cf. MALVENDA, *De Paradiso voluptatis* (1605), p. 237, y SÁNCHEZ, in *Isaiam* (1615) in hunc locum.

³² Ez 36, 35.

y un corazón no de piedra, sino de carne, sensible y maleable a la acción de Yahvé y a la guarda de sus mandamientos, toda esa transformación para entrar en ese nuevo Paraíso de la tierra santa, no puede menos de suscitar ese nuevo nacimiento del agua y del espíritu, sin el cual ninguno puede entrar en el reino de Dios de que nos habla Cristo (Io 3, 5).

Si aquí se pintaba directamente la fertilidad y el Paraíso entraba como una comparación, en el capítulo 47 se describe la nueva Palestina con rasgos, algunos indiscutiblemente paradisiacos. El profeta ha descrito el nuevo templo. Conducido por el ángel, advierte que debajo del umbral del vestíbulo brota una fuente considerable. Las aguas crecen maravillosamente, y salen hacia la parte oriental y se convierten en caudaloso torrente. El profeta es conducido a lo largo del torrente y queda sorprendido ante otro espectáculo estupendo. Las orillas se pueblan de árboles innumerables. Las aguas del torrente atraviesan el Araba, la región desértica y desembocan en el Mar Muerto. La región que atraviesen las aguas dirigiéndose al Mar Muerto es la parte meridional del Jordán, casi totalmente estéril. Ahora, en cambio, la fertilidad de los terrenos bañados por las aguas maravillosas es extraordinaria. Flores y árboles frutales cubren las riberas del río. Es la misma idea, que ya encontramos en Isaías, de la estepa que se convierte en país fértil. Nueva sorpresa. El poder transformante de las aguas continúa al desembocar. El Mar Muerto hace honor a su nombre. Los elementos salinos se encuentran en la proporción del 26 por 100. El bromuro y el cloruro de magnesio, que entran en la composición, impiden la vida de los organismos. Los peces del Jordán y del Arnón, transportados por las crecidas, mueren inmediatamente, y terminan a veces rígidos por la sal y por el magnesio, arrojados o depositados sobre la playa³³. Una gran transformación se opera al desembocar las aguas del río maravilloso: las aguas saladas y mortales pierden su amargura y pulula en ellas la vida... Y lo mismo sucederá adondequiera que lleguen las vivificantes aguas del torrente. Habrá peces en grandísima cantidad. Toda la costa occidental del Mar Muerto, en los tiempos actuales desolada y desierta, será animada por el trabajo de los pescadores y por las redes tendidas a secar. Tan grande es el poder vivificante de las aguas que brotan del templo. Aquella región un día le pareció a Lot, en momento de escoger, tan fascinadora como el Paraíso de Yahvé³⁴. Pero aquel

³³ Cf. ABEL, *Geographie*, I, p. 400.

³⁴ Gen 13, 10.

Paraíso lo pisó también el pecado. Los pecados de la Pentápolis habían ocasionado una catástrofe, dejando en toda la región la desolación de la muerte. Sólo las aguas vivificantes que brotarían del templo habían de transformar aquella región, dándole una fertilidad todavía mucho mayor que la que tuviera en días pasados. Floreciente vegetación de verdor perenne y de frutos abundantes. No son árboles ordinarios. Pues las hojas de esos árboles no se marchitarán y sus frutos no faltarán; cada mes traerá frutos nuevos, porque sus aguas brotan del mismo santuario, y los frutos servirán de alimento, y las hojas como medicina. La idea de la fuente que brota del santuario se encuentra también en otros profetas³⁵. La alusión al Paraíso parece clara. San Juan, en su Apocalipsis, que utiliza el esquema de la visión de Ezequiel, completa la referencia al Paraíso designando al árbol que crece a cada orilla del río como el árbol de la vida (Apoc 22, 2). La clave de la interpretación de esta agua que crea en la tierra santa un nuevo Paraíso también la tenemos en dos pasajes del Evangelio de San Juan. El templo es Cristo (Io 2, 21), que brotando desde el mismo seno del Padre se levanta, incorporando, según San Pablo, como piedras labradas a todos los hombres que no se muestren rebeldes al designio del arquitecto divino. El agua, tan copiosa y vivificadora, no es sino el Espíritu Santo, que, procedente de Cristo, lo había de enviar sobre su cuerpo místico para destruir el pecado y la muerte y crear una vida divina. Copiemos el pasaje de San Juan (7, 38): "En el último día, el más solemne de la fiesta de los tabernáculos, Jesús estaba en el templo y levantó la voz: "Si alguno tiene sed, que venga a mí y que beba el que cree en mí". Como dice la Escritura, brotarán de su seno ríos de agua viva. Como las aguas vivificantes que brotaban del templo". Explica después San Juan: "Esto lo dijo del Espíritu Santo, que habían de recibir los que creyesen en él"³⁶. Agua que destruirá la muerte y pondrá en el alma un reflejo de la misma vida trinitaria. La vida paradisíaca no es más que un lejanísimo símbolo.

La visión de Ezequiel y la interpretación de San Juan encuentran una nueva coincidencia en el elogio de la Sabiduría

³⁵ Joel 3, 18: En aquellos días destilarán mosto los montes, leche los collados, y correrán las aguas por todos los torrentes de Judá; y saldrá de la casa de Yahvé una fuente que riegue el valle de las acacias. Cf. Zach 14, 8.

³⁶ Para esta lectura y esta interpretación que refiere a Cristo la procedencia de las aguas, cf. LAGRANGE, *Evangile selon Saint Jean* (1936), p. 214-217; H. RAHNER: *Biblica*, 1941, p. 269-302 y 367-403; M. ZERWICK: *Verbum Domini* (1941), p. 327-337; J. HUBY, *Mystiques Paulinienne et Joannique*, p. 174, nota.

que nos hace el hijo de Sirach, poniendo en él su largo estudio de la ley y de los Profetas³⁷. Esta Sabiduría, que ha brotado de la boca del Altísimo, como el Verbo, la palabra que pronuncia el Padre, y que ha puesto su tienda en Israel, es de una manera más o menos velada la Sabiduría encarnada que habitó (ἐσκήνωσεν Io 1, 14) en nosotros. Si por el verso 28 parece ser la Sabiduría el libro de la alianza del Dios Altísimo, téngase en cuenta que la alianza antigua, según los profetas, no era más que un anticipo y un tipo de la alianza nueva que había de realizarse en el Cristo místico. Ahora bien, la pintura que va del verso 13 al 19 evoca un Paraíso al comparar a la Sabiduría con lo más exquisito de la flora palestina, y termina con esta exhortación: “Venid a mí los que me deseáis, y saciaos de mis frutos”. La alusión es expresa al nombrar un poco más adelante los ríos del Paraíso: El libro de la alianza, figura de Cristo, la eterna Sabiduría, la Sabiduría procedente del Padre y habitando en Jacob, es una fuente de sabiduría que se comunica desbordante. Inunda de sabiduría, como el Fison y como el Tigris, en los días de los frutos nuevos. Desborda inteligencia, como el Éufrates y como el Jordán, al tiempo de las mieses. Rebosa instrucción, como el Nilo, como el Gihon, en la estación de la vendimia.

De nuevo aquí, como en los Profetas, los ríos del Paraíso sirven como imagen para los grandes bienes que nos trae Cristo, en concreto el Espíritu Santo, que pone en nosotros una comunicación de la sabiduría y vida divina.

* * *

Conclusión.—Los tiempos nuevos, cuya conclusión se esquemaliza a veces en los profetas sobre la descripción de los tiempos primitivos, empezarán con una nueva creación. En un principio creó Dios los cielos y la tierra. Acción exclusivamente divina³⁸. Dios volverá a intervenir con ese poder exclusivamente suyo, que hizo brotar de la nada y el caos el orden del mundo. He aquí que creó un cielo nuevo y una tierra nueva (Is 65, 17; 66, 22). Es una renovación de todo. Del hombre, que tendrá un espíritu nuevo y un corazón nuevo, sensible a los preceptos de Yahvé (Ez 11, 19; 36, 26). Del mundo de los animales, que convivirán pacíficamente entre sí con el hombre, depuestos sus instintos feroces. De Palestina, que

³⁷ Ecdi 24.

³⁸ El verbo *bara* que los LXX traducen por ποιεῖν ἢ κτίζων designa siempre en la Escultura acción de Dios.

se convertirá en un Paraíso de Yahvé, con aguas abundantes y árboles de vida. Los autores del N. T. entienden esta nueva creación a veces ya realizada. Según San Pablo, Cristo es el hombre nuevo, que fué *creado*, según Dios, a la imagen de Dios en una justicia y una santidad verdadera (Eph 4, 24; Col 3, 10 y Gen 1, 27). Los cristianos son una creación de Dios, que consiste en una vivificación por una inserción en Cristo. Intervención exclusiva e independiente de la omnipotencia de Dios. Y estando nosotros muertos por el pecado, nos ha dado a todos vida en Cristo. Don de Dios. Somos hechura suya (ποίημα), creados (κτισθέντες) en Cristo Jesús, para obras buenas que predispuso Dios que anduviéramos en ellas. Suena un eco en estas palabras de la vid, del sarmiento separado, seco, muerto, y de los sarmientos fructuosos. Para San Pablo, pues, la vivificación en Cristo es una creación. La misma idea suena en la carta a los Gálatas zanjando las desavenencias sobre la circuncisión (6, 15). En Cristo Jesús de nada vale la circuncisión ni la incircuncisión, sino la nueva creación (κτίσις); es decir, en la idea de Eph 2, 10, estar vivificados en Cristo. Y en ese caso, 2 Cor 5, 17, si por esa unión y vivificación en Cristo hay una nueva creación, lo antiguo pasó; he aquí que todo se hizo nuevo. Hebr 9, 11, dice que Cristo, por medio de mejor y más perfecto tabernáculo, no hecho con mano, es decir, no de esta creación, ha entrado en el santuario. Esta equivalencia entre hecho con mano y esta creación nos lleva también a poner como no de esta creación, sino perteneciente a la nueva creación, la redención de Cristo, y nos trae a la memoria la circuncisión hecha con mano exteriormente y la circuncisión hecha en el corazón con el espíritu (Eph 2, 11 y Rom 2, 28). Y no sólo la vivificación primera en Cristo la designa San Pablo como una creación. El desarrollo de esa vida llevada a cabo por Dios también se denomina con palabras que sugieren el poder creador. (Cf. Hebr 11, 3; Eph 4, 12; 1 Petr 5, 10; Hebr 13, 21)³⁹.

Otras veces los textos dicen claramente que no ha venido todavía esa nueva creación. San Pedro dice que esperamos los nuevos cielos y la nueva tierra anunciados, en los que habita la justicia (2 Petr 3, 13). San Juan, en el Apocalipsis, ve sólo en el futuro realizada esta renovación (Ap 21, 6). San Pablo describe la angustia expectante de la creación, que suspira por la liberación definitiva (Rom 8, 22). Pero todos los textos están de acuerdo. La renovación está realizada. Es la obra de

³⁹ Cf. KITTEL, *Theologisches Wörterbuch des N. T.* «Κτίσις y Κατακτίσις».

Cristo. Sólo que todavía permanece latente, como un germen oculto. Esa vida en Cristo que San Pablo llamó una nueva creación, existe, es una realidad, pero existe escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo se manifieste en su gloria, esa vida oculta aparecerá también en todo su esplendor (Col 3, 4). Este mundo sufre y suspira por la revelación de los hijos de Dios, a los que está unido (Rom 8). Cuando venga esa revelación (apocalipsis), entonces será la plenitud de los cielos nuevos y de la tierra nueva, en que Dios será todo en todas las cosas y habrá una espiritualización divina de todo el Universo.

El germen de la transformación ya palpita en el seno de la creación desde que Cristo murió en el Calvario y el Espíritu Santo fué derramado sobre el mundo. Ahora se puede poner resistencia a esa acción transformante que trabaja por una espiritualización siempre creciente⁴⁰, y la creación, instrumento muchas veces de esa resistencia en manos del hombre, sufre al ser violentada contra su fin. Pero vendrá un día en que toda rebeldía, de una manera o de otra, será suprimida. Entonces Dios será todo en todos, y será la plenitud de los cielos nuevos y la tierra nueva. Entonces no habrá necesidad de sol ni de luna terrestres para la ciudad santa de Dios, porque la gloria de Dios la iluminará y su lámpara será el Cordero, y toda la ciudad estará encuadrada en un Paraíso, que se riega no con aguas terrestres, sino con aguas que brotan del mismo trono de Dios, y el árbol de la vida, la visión beatífica, ofrecerá a los escogidos el alimento para siempre (Apoc 2, 7; 22, 14 pas.).

J. ALONSO.

Facultad Teológica de Comillas (Santander).

⁴⁰ Cf. G. THILS, *Théologie des réalités terrestres. Théologie de l'histoire*, p. 82 s.